



JULIÀ GUILLAMON  
**EL BARRIO  
DE LA PLATA**

**L'AVENÇ**,



# EL BARRIO DE LA PLATA

**L'AVENÇ**



Julià Guillamon

EL BARRIO DE LA PLATA

L'AVENÇ  
Barcelona 2018



Para Cris, de espaldas,  
en el pasillo de la calle Luchana.



-Taxi!  
-But I've no money.  
-I have.  
-Where are we going?  
-Where I belong.

*My Fair Lady*

Primera edición: septiembre de 2018

© del texto, Julià Guillamon  
© de esta edición, L'Avenç, S.L., 2018  
Passeig de Sant Joan, 26, 2n 1A  
08010 Barcelona  
Teléfono: 93 245 79 21 Fax: 93 265 44 16  
www.lavenc.cat  
www.elsllibresdelavenc.cat

Todos los derechos reservados.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diseño y composición: Albert Planas  
Inspirado en el diseño del libro *La Prostitution* (1959), de Marcel Sacotte.

Imágenes: Films 59, Familia Guillamon Mota, Familia Puerto Barceló, Merche  
Fernández, Julià Guillamon, Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona,  
Josep Miquel i Solé, Arxiu Històric del Poblenou (AHPN), Pepe Encinas, Santi  
Ferrer-Vidal, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona - Ajuntament de Barce-  
lona, Joan-Pere Viladecans, Carles Guiral, Ángel Uzkiano, Pepito Bas, Ateneu  
Enciclopèdic Popular (CDHS-AEP), Google maps, Montserrat Montaner, Arxiu  
Nacional de Catalunya, bar El Roble.

Imagen de la cubierta: muleta de Julián Guillamón *El niño del Tibidabo*.  
Fotografía de Ramiro Elena.

BIC: FA  
ISBN: 978-84-16853-22-9  
Ref. AVEN103  
Depósito legal: B. 17205-2018  
Impreso en Liberdúplex

## ÍNDICE

1	El pasaje Mas de Roda . . . . .	13
2	Isabel de la vaquería y la señora Balbina . . . . .	25
3	El paseo Ribalta . . . . .	35
4	<i>Gangs</i> de Pueblo Nuevo . . . . .	46
5	El pasaje Ferrer Vidal . . . . .	57
6	El tío Basilio y el nene Floreal . . . . .	69
7	El niño del Tibidabo . . . . .	80
8	Maria Mota lee <i>La plaça del Diamant</i> . . . . .	91
9	El hermoso paisaje desde tu casa . . . . .	102
10	Montañas de Montserrat . . . . .	114
11	Alcohol de romero . . . . .	126
12	Cuento de Navidad . . . . .	138
13	La Academia Domingo . . . . .	156
14	¡Hay que luchar, luchar y luchar! . . . . .	171
15	La nuclear de Ascó . . . . .	187
16	Las pequeñas ermitas . . . . .	201
17	Canarios . . . . .	217
	Epílogo en el Hospital de Sant Pau . . . . .	233



## EL PASAJE MAS DE RODA

Busco una manera de empezar, el hilo de Ariadna que me llevará de regreso al barrio de la Plata, el barrio de los valencianos, en Pueblo Nuevo, donde viví hasta casi los treinta años. Y encuentro el inicio inesperadamente en *La Vanguardia* de hoy, 21 de octubre de 2014, que en la página treinta y cinco publica una información sobre la muerte de José Daurella. En los años cincuenta, junto a su hermano Francisco, se puso al frente de Cobega, la empresa fundada por su padre, que fabricaba y distribuía la Coca-Cola en España y Andorra (más tarde también en Portugal y en algunos países del norte de África). En 1983, cuando entré a trabajar en el diario *Avui*, la redacción conservaba algunas costumbres corporativas del viejo periodismo. Por ejemplo, el 24 de enero se celebraba san Francisco de Sales, patrón de periodistas y escritores. Cobega mandaba a unas azafatas que servían vasos de Coca-Cola. Por esta razón, y por los anuncios a página entera que pagaba generosamente, cuando Francisco Daurella publicaba una de sus novelas, el diario le correspondía. Mandaba a un redactor, que fabricaba una breve noticia sobre el acontecimiento social que rodeaba la presentación. Daurella era un tipo inquieto, acabó montando un museo en Barcelona y otro en Madrid, con una buena colección de pintura. Escribía novelas históricas y de ambiente cosmopolita con el seudónimo de Fran

Daurel. Yo era el redactor más joven de la sección de cultura y me correspondía asistir a las presentaciones. Era lo que en el lenguaje del periodismo de aquel tiempo se llamaba *un pe-sebre*: un acto de compromiso, con poca substancia cultural. Y, a pesar de ello, había algo admirable en aquel Fran Daurel, propietario de una de las primeras fábricas a la americana de Barcelona, en la calle Guipúzcoa, que acogía a los niños de los colegios, en visitas culturales, un tipo forrado que escribía novelas de detectives y regalaba Coca-Cola a los periodistas.

Quizás porque al propio Daurella le gustaba escribir, Coca-Cola promovía el Concurso Nacional de Redacción. Participaban en él chicos y chicas de toda España: todos los escritores de mi generación desfilaron por allí. Seleccionaban a tres o cuatro alumnos de cada colegio, que participaban en las eliminatorias provinciales y, más adelante, en la final nacional. Yo no pasé de una de las rondas de Barcelona, pero años más tarde conocí a un tipo que ganó el Concurso Nacional. Lo obsequiaron con un viaje a Río de Janeiro. En aquellas primeras rondas regalaban libros. Recuerdo que iba a por leche a la calle Joncar, *el carrer dels gitanos* (la calle de los gitanos) como lo llamaba mi yaya, obsesionado con la idea de ganar aquellos libros que acabarían siendo el punto de partida de una biblioteca. Me rondaba por la cabeza un monólogo interior como el de los dibujos animados de *Oliver y Benji*: «¡tengo que ganar esos libros, tengo que ganar esos libros!». Era una especie de confesión o de examen de conciencia, los buenos propósitos a los que siempre aludía mi madre. Me regalaron tres libritos de una colección de la Editorial Bruguera que se llamaba «SÍ-NO». Recuerdo que uno de los autores, quizás el autor de los tres, era José Repollés. Nacido en Calanda en 1914, «prolífico autor de obras de carácter popular, en ocasiones escribió bajo seudónimo (...). Es autor, entre otros libros de divulgación, de una deslucida *Historia de España*.

Su escritura carece de relieve artístico». Pobre hombre: vaya manera de tratarlo en la Wikipedia.

Cada uno de los libritos abordaba un tema de forma didáctica. Empezaba por un test de doscientas preguntas al que debías contestar escogiendo entre cuatro opciones. A continuación, el autor se las componía para dar respuesta a todas aquellas preguntas en un texto continuo. Los años setenta fueron la época de oro de las fichas y de los test, continuación natural de la teoría de conjuntos y de los móviles que se utilizaban con fines pedagógicos en el parvulario y en los primeros cursos de primaria: la simplificación divertida, la idea de que, con solo algunas nociones, dejándote guiar por la intuición, podías llegar a resolver cualquier problema. Recuerdo unas fichas azules y otras de color tostado, de historia y de ciencias sociales, respectivamente. Y las hojas de ejercicios del método Ruaix para aprender catalán, que también funcionaban a base de fichas. En el mercado de lance he encontrado libros de la colección «SÍ-NO». Me han sorprendido *El teatro universal*, de Maria Aurèlia Capmany, *La música*, de Jaume Vidal Alcover y *Napoleón*, de José Miguel Mínguez Sender, porque cuando empecé a moverme en los ambientes literarios en los años ochenta los conocí a los tres. No recuerdo que me tocara ninguno de esos volúmenes. Igual regalaban los que se vendían menos. Repollés era un escritor sin relieve artístico, los libros de la colección «SÍ-NO» no eran demasiado atractivos, pero era una manera de empezar.

El colegio Voramar era lo que en los años sesenta se llamaba una *escuela de padres*. Enseñaban catalán, en una época en la que no formaba parte de los programas educativos. Nuestro profesor era Joan-Enric Vives, un cura joven de la iglesia de Santa María del Taulat. Vestía vaqueros y conducía un Citroën Dyane 6. Mucho más tarde, siempre con sotana o

*clergyman*, ha sido obispo auxiliar de Barcelona, obispo de Urgel y copríncipe de Andorra. Los sábados por la mañana, su hermana Josefina daba clases de guitarra clásica en el comedor del colegio. Era una familia catalana, de Pueblo Nuevo de toda la vida. Me resultaba chocante que pudieran existir personas de Pueblo Nuevo de toda la vida, porque me sentía desarraigado y tenía la sensación de que estábamos allí por accidente. Un año, por la fiesta del libro, Joan-Enric nos llevó a los puestos de la Rambla, y compré un libro de historia de Ferran Soldevila, *Resum d'història dels Països Catalans*, con una miniatura en la cubierta que reproducía las Cortes Catalanas del siglo xv: el primer libro que no era del colegio y el primero que pagué de mi bolsillo. Mi madre se había apuntado al Círculo de Lectores que, a principios de los setenta, además de los libros con encuadernaciones de cartón que imitaban la piel, empezó a vender discos. Crearon una marca, Orlador, la primera marca blanca que vi en mi vida. Publicaron un disco del cantautor Raimon, *A Víctor Jara*, cambiándole la portada. En la versión original reproducía un retrato de Leopoldo Pomés, con la cara de Raimon que quemaba el papel. Debieron encontrarla demasiado atrevida. También eliminaron el título, que era políticamente comprometedor, porque a Víctor Jara, otro cantautor, lo había asesinado Pinochet en Chile. El libro de Ferran Soldevila, publicado por Teide, es de 1974. El disco de Raimon, de Orlador, de 1975. Yo debía tener trece o catorce años.

Como resultado de las clases de guitarra de Josefina Vives, mi primera idea fue ser cantautor, y lo primero que escribí fueron letras de las canciones que inventaba: unos poemas de amor tristes y llenos de añoranza. En casa, antes de que entraran los catálogos de Círculo de Lectores, había muy pocos libros. Recuerdo una biografía del tenor Emili Vendrell escrita por su hijo y un libro de recuerdos del dibujante Valentí Castany,

dos personajes muy populares en el mundo menestral catalán. Mi madre los tenía arrinconados en un estante, en el mueble del comedor, comprimidos entre facturas viejas y algunas cartas. También tenía el libro que más quería: *Cançoneret de Nadal*, publicado en 1933 por Foment de Pietat Catalana, con los villancicos tradicionales. En un armario donde guardábamos las maletas ajadas y ropa que ya no utilizábamos, encontré unos cuantos libros más. Uno de estos libros era la *Antología de la poesía social catalana* de Àngel Carmona, de 1970, una selección de poemas de todas las épocas con contenido reivindicativo o social. Uno de los poemas, «Cançó de la roba estesa» («La canción de la ropa tendida»), me gustó y le puse música:

*La roba estesa  
de la gent pobre  
als patis foscos  
i als descampats  
coneix l'angoixa  
dels dies grisos  
sap l'enyorança  
del temps gastat.*

[*Ropa tendida  
de la gente pobre  
en los patios oscuros,  
y en los descampados,  
conoce la angustia  
de los días grises  
sabe la añoranza  
del tiempo pasado*].

Me identificaba con este poema, me sabía parte de un mundo pobre, a pesar de que, al escribir el poema, Feliu Formosa

pensaba en un barrio de chabolas y nosotros vivíamos en una casa obrera, un tanto extravagante, pero una casa al fin y al cabo. Cuando años después viajé regularmente a Brasil y me aficioné a la música popular brasileña encontré muchas canciones que, como la «Canção de la roba estesa», hablaban del paisaje y de las casas de la gente humilde. Por ejemplo «Chão de Estrelas» («Suelo de estrellas») compuesta por Orestes Barbosa y Sílvio Caldas en los años treinta. Elizeth Cardoso la grabó en 1957:

*Nossas roupas comuns dependuradas  
na corda, qual bandeiras agitadas  
pareciam um estranho festival!  
Festa dos nossos trapos coloridos  
a mostrar que nos morros mal vestidos  
é sempre feriado nacional.*

[*Nuestras ropas modestas tendidas  
en la cuerda, como banderas agitadas  
¡parecían un extraño festival!  
Fiesta de nuestro trapos coloridos  
para mostrar que en los suburbios mal vestidos  
es siempre fiesta nacional*].

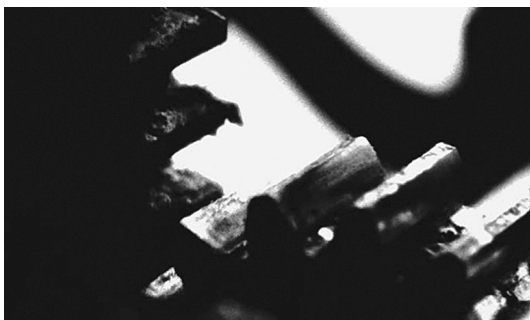
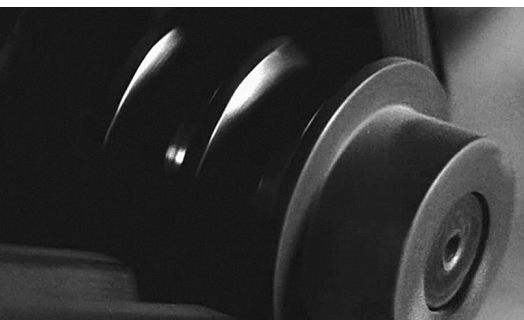
Otra era «Viaduto Santa Ifigênia» («Viaducto Santa Ifigênia») de Adoniran Barbosa: un emigrante del barrio italiano de Beixiga canta en un portugués atropellado al viaducto que forma parte de su paisaje querido, y sufre por sí, en una reforma de la ciudad, a alguien se le ocurre demolerlo: si esto sucediera se vestiría de luto y se mudaría al interior del país. En otra canción, «Saudosa maloca» («Añorada chabola»), Adoniran recuerda con tristeza la demolición de la barraca donde vivió con sus amigos Matogrosso y Joca, con quienes llegó a São Paulo.

*Pegemos todas nossas coisas  
e fomos pro meio da rua  
apreciá a demolição.  
Que tristeza que nós sentia.  
Cada táuba que caía  
doía no coração.*

*[Cogimos todas nuestras cosas  
y fuimos hacia el medio de la calle  
a contemplar la demolición.  
Qué tristeza sentíamos.  
Cada tabla que caía  
dolía en el corazón].*

Recuerdo el día que asumí que no sería cantante, en aquel tono de *examen de conciencia*. Aunque, si no cantaba, podía escribir. ¿Qué escribiría? Tenía el paisaje, lo que me rodeaba, el pasaje Mas de Roda que recorría todos los días de ida y vuelta del colegio. Delante de casa, la agencia de transportes Hursa me gustaba porque uno de los camiones tenía la matrícula de Valencia. En mis juegos de niño, cuando salíamos de casa con mis padres y subíamos en autobús al barrio de Gracia, donde vivían mis abuelos, imaginaba partidos de fútbol: los resultados se decidían con las letras de las matrículas de los coches que encontrábamos por el camino. En aquella época los coches de cada provincia se identificaban con una inicial o dos. De pequeño era del Valencia C. F. Salíamos de casa, veía el camión: Madrid 0 - Valencia 1. El Valencia siempre empezaba ganando. En la esquina del pasaje, a la derecha, la casa de Marcelino, que era del mismo pueblo de mi padre, en el Alto Mijares, y que estaba casado con una catalana –*Mercè del Marcelino*–. Tenía dos hijas que iban a las monjas del paseo del Triunfo, con las que su padre hablaba en catalán. A continuación, en la misma mano, un bar con trinquete

(otra reminiscencia valenciana) y unas casas bajitas, donde vivía una chica que años después fue compañera en el colegio, Mercè Climent. En la azotea de su casa, habían construido una torre con un palomar. En la esquina de la calle Granada, un colegio de niños pequeños, lo que en Cataluña se conoce como una *escola de caganers* (ahora la palabra suena mal pero yo la he oído como apodo de una rama de la familia paterna: los cagones). En la otra mano, una de aquellas fábricas que no se sabía lo que fabricaban, igual ya no fabricaban nada. Pasada la calle Granada encontrabas dos bares. Uno, cerrado desde hacía años, con un cartel herrumbroso: el Bar Moreno. El otro, el Mesón Nouriño, era un restaurante gallego. El propietario tenía la cara abotargada y se parecía al boxeador Urtain. Mi abuela nos invitó una cuantas veces a toda la familia a comer allí el día de Reyes. Pegada al mesón, una agencia de transportes, los estibadores bromeaban a mala leche y gritaban mucho. Al fondo, casi a la altura de la calle Badajoz, encontrabas el almacén de la Sucran. Y a la derecha, una fábrica antigua, de ladrillos, con un gran patio de carga y descarga, como salida de una novela de Charles Dickens. Parecía abandonada. Aparece en un capítulo de la novela *La Moràvia* (2011), que escribí en los años noventa. El protagonista deambula, ve el patio y, al fondo, una luz encendida, bajo una pantalla metálica. Le parece un plato de batería que cubre un fantasma pequeñísimo: la luz de una bombilla de sesenta vatios. Al fondo, la cubierta ondulada de la fábrica de hielo de la Unión Mutualista de Vendedores de Pescado, unas bóvedas que ennoblecían la perspectiva en fuga. Yo era un chaval solitario y caminaba concentrado, intentando asimilar todo lo que veía, dejando que me penetrara, pensando que podía llegar a ser el centro de mi vida. Y, de hecho, la fábrica de hielo es una de las fábricas mitificadas que aparecen en el libro de prosa experimental *La fàbrica de fred* (1991) («La fábrica de frío»). Deshabitado y desbaratado, el



Nocturno 29 (1968), de Pere Portabella. Lucía Bosé cruza la calle de la fábrica, sube a la planta, descubre la máquina y pone en marcha el movimiento.

pasaje Mas de Roda constituía una realidad autónoma en mi pensamiento: el mundo industrial.

Cuando era adolescente salía a caminar por el barrio, las tardes del domingo, fascinado por tanta desolación: las calles estrechas, las fábricas cerradas, los coches recubiertos de una película de humedad de las antiguas marismas. La humedad se mezclaba con el polvo, el aceite y la grasa de los talleres de reparaciones que dejaban los coches y camiones aparcados en la calle, días y días, sin reparar. Uno de estos talleres ocupaba la misma edificación que los transportes Hursa. Junto al bordillo se había formado un charco aceitoso, que no se secaba, del que sobresalía media bola negra: estuve mucho tiempo obsesionado por aquella bola, pensaba en ella de noche y cuando la visualizaba, oscura y reluciente, tenía arcadas y creía que iba a vomitar la cena.

En 1993 asistí a la proyección de *Nocturno 29* (1968), de Pere Portabella, en un ciclo en la Fílmoteca. Es una película de vanguardia, basada en las acciones escénicas del poeta Joan Brossa. Retrata a un hombre y una mujer ricos, interpretados por la actriz Lucía Bosé y por Mario Cabré, actor, torero y poeta. Ella entra en un almacén de tejidos. El dependiente le muestra banderas de diferentes países. Deja una pieza de ropa morada en un estante, y con otras dos piezas, amarilla y roja, forman la bandera de la República Española. Él entra en la sede central de uno de aquellos bancos que en los años setenta ocupaban los mejores edificios del paseo de Gracia, unas oficinas monumentales con decenas de oficinistas. Aparecen los ordenadores –en aquella época se llamaban cerebros electrónicos–, la panoplia con las llaves de los cofres privados. Otras escenas están filmadas en el Círculo Ecuéstre, un club privado muy conservador, y en el golf de Sitges. El pintor Joan Ponç aparece vestido de arlequín. El músico

Carles Santos interpreta una pieza al piano. Mario Cabré y Lucía Bosé tienen conversaciones absurdas: «A qué esperas para aprender equitación ¿Cuando seas viejo?», pregunta ella. «Un mapa no es un lugar adecuado para escribir preguntas», responde él. En una escena, que me pareció central, la mujer entra en una fábrica. Recorre las naves desiertas, con decenas de telares. Se sitúa frente a una máquina cubierta con una sábana. Da una vuelta entera a su alrededor y tira de la sábana. Gira un volante de hierro y activa el movimiento de ruedas y engranajes. Acciona una palanca y el movimiento se acelera. En el último plano, la rotación pasa de la máquina a la rueda del coche, un lujoso Jaguar, que circula por el pasaje Mas de Roda y gira a la derecha, por la calle Badajoz. Al fondo se ven las bóvedas de la fábrica de hielo.

Me emocioné. Acababa de publicar *La fàbrica de fred*, estaba escribiendo *La Moràvia*. Así que aquel paisaje, para mí privado, el camino por el que iba al colegio todos los días, formaba parte del mundo de artistas y poetas, de teatro y cine experimental, al que yo aspiraba a pertenecer.

Empecé este libro y una de las primeras cosas que se me ocurrió fue contactar con el director de *Nocturno 29*, Pere Portabella, para preguntarle cómo surgió la idea de localizar esta escena en el pasaje Mas de Roda, quién encontró el sitio y por qué filmaron allí. Alguien, en nombre de Portabella, me mandó un mail:

«Atendiendo a su demanda de información sobre la secuencia de *Nocturno 29* en la que Lucia Bosé se pasea por una fábrica y donde tiene lugar la escena de ella con la máquina, quiero informarle de que no se trata de Pueblo Nuevo, sino del complejo de La Magòria (can Batlló), en el distrito de Sants-Monjuïc. No recuerdo, y tampoco lo tenemos documentado, por

qué se eligió esta localización, pero, teniendo en cuenta que usted está escribiendo un libro sobre Pueblo Nuevo y el hecho de que nuestra fábrica no esté allí, entiendo que ya no debe tener, por lo tanto, más interés para usted».

El pasaje Mas de Roda volvía al olvido, de donde había salido momentáneamente aquella tarde en la Filmoteca. El interior debe ser can Batlló. Pero la escena del Jaguar se filmó en el pasaje Mas de Roda. No puedo estar equivocado: pasaba por allí todos los días. Ha desaparecido de los archivos de Films 59, como si nunca hubiera existido. Mi amigo Jordi Ribas dice que el tema de todo lo que escribo es la desaparición. Lo que pasó y se ha borrado, lo que ha sido suprimido, la memoria perdida de las cosas. Reúno restos, colecciono fragmentos para construir un espacio mental: el barrio de la Plata.



*El Jaguar de Lucía Bosé avanza por el pasaje Mas de Roda y gira a la derecha, por la calle Badajoz, en Nocturno 29.*

Un mundo posindustrial de fábricas abandonadas convertidas en talleres y agencias de transporte, un hotel familiar en un pueblo de montaña en los años sesenta, la emigración masiva de valencianos a Barcelona a principios del siglo xx, la vida de las clases populares en el barrio de Gracia, el anarquismo y el pistolero. Un paisaje extraordinario para una historia arrebatadora. *El barrio de la Plata* es el microcosmos donde se desarrolla la tragedia de los padres y el drama de los hijos: la fascinación de los contrarios, el choque entre diferentes maneras de entender la vida, la cultura como elemento fundamental en la construcción de la identidad contemporánea.

«Josep Pla dijo una vez que no se había escrito todavía el drama de una familia bilingüe. El libro que imaginó Pla es *El barrio de la Plata*»

Amadeu Cuito

